

estallan á la primera ocasión con una energía tremenda y que asombran al que no ha seguido paso á paso su lento é irresistible progreso. Nuestra ignorancia pronuncia entonces palabras de inconsciencia, de aberración y de monstruosidad. No hay nada monstruoso en absoluto, en la naturaleza moral, más que en la física.

El crimen mismo tiene sus leyes de desarrollo. Entre la pequeña que lloraba al ver en manos de Florent un juguete nuevo y la Lidia Maitland que forzaba cerraduras y enviaba anónimos, hambrienta de venganza hasta lo infame, no se había producido ninguna dramática revolución de carácter. La lógica del tiempo había bastado.

¡Cuánto buscaba Lidia la ocasión de satisfacer aquella profunda y mortal envidia, antes de que la señora Steno se apasionase del pintor! Nada había conseguido. Redújose todo á esas menudencias de la animosidad de una mujer: á procurar, como víctima de una torpeza, que su marido leyese todos los artículos algo desagradables, escritos sobre sus cuadros; á alabar, fingiendo ingenuidades ante él, á los rivales que le hacían sombra; á referirle, con aire de imbecilidad, las menores censuras enunciadas sobre algún cuadro expuesto por el pintor; pequeñas miserias, que producían el resultado de irritar á Florent, pues Maitland era de esos obreros del arte, muy alegres por el empleo de su actividad, para que el juicio de otros les preocupe mucho.

Por otra parte, antes de que la Duxesa le hubiese hecho sentir una pasión profunda, no había amado.

Muchos pintores son así, satisfaciendo con magníficos modelos el fuego de su temperamento, que no llega desde los sentidos al corazón. Acostumbrados á mirar

el ser humano bajo un aspecto particular, encuentran en una belleza que nos parece simplemente animal principios de emoción plástica, que bastan alguna vez á toda su amorosa exigencia. Son heridos más profundamente cuando á esta borrachera, un poco grosera, se unen en la mujer que la inspira las gracias refinadas del talento, las lindas delicadezas de la elegancia y la sensibilidad del sentimiento. Esta era el caso de la señora Steno, que inspiró en seguida al pintor una pasión tan completa como un primer amor. La Condesa, que tenía el genio de la voluptuosidad, no se engañó. Lidia, que tenía el genio del odio, no se engañó tampoco. Supo á qué atenerse desde el primer día; primero, porque era tan observadora como disimulada; después, gracias al empleo de medios menos hipotéticos que la adivinación. Tenía por costumbre esos procedimientos de espionajes abominables que emplean, hay que confesarlo, de diez mujeres nueve. ¡Y cuántos hombres son también mujeres en este punto, como decía el fabulista! En el colegio, Lidia era de esas niñas que suben al dormitorio ó que penetran en el estudio para registrar los cajones y los baúles abiertos de sus compañeras. Ya mayor, nunca tuvo entre las manos una carta sin que se ingeniase para leerla al través del sobre, ó, por lo menos, para adivinar por el sello y la letra de aquél quién era su autor. Este instinto de curiosidad era de tal fuerza, que no podía contenerse en las oficinas de telégrafos para no mirar por encima del hombro de las personas que esperaban ante ella y leer el despacho. No se peinaba ni se vestía sin interrogar minuciosamente á su criada sobre las conversaciones de la cocina y de la antesala. Por una revelación de esta especie había sabido el altercado

entre Florent y Gorka en el vestíbulo, lo que prueba, entre paréntesis, que esos espionajes por medio de los criados son á menudo eficaces. Pero descubren un carácter, una bajeza, que no retrocederá, en una crisis, ante ninguna villanía.

Cuando Lidia Maitland sospechó las relaciones de la señora Steno y su marido, no dudó en abrir el secreter de este último, como no dudó más tarde en abrir el de su hermano. La correspondencia que leyó valiéndose de tales medios, era de naturaleza para exasperar su deseo de venganza hasta el furor. No solamente adquirió la evidencia de una dicha participada, que humillaba en ella á la mujer estéril, casi extraña á la voluptuosidad lo mismo que á la maternidad, sino que pudo recoger abundantes pruebas de que la Condesa sentía por ella el desprecio de raza, tan absoluto, como si Venecia hubiese sido una ciudad de los Estados Unidos.

El fondo del Adriático abunda en prejuicios de sangre como todos los países limítrofes que han servido de confluentes á la marcha de muchos pueblos.

Baste, para convencerse de ello, haber oído á un veneciano tratar á los esclavos de *Cziavoni* y á los levantinos de *Gregugni*.

La señora Steno, en las cartas que escribía, sin el menor cuidado, lo mismo que cuando hablaba, expresaba todas las libertades de la pasión y no llamaba nunca á Lidia más que la *Morettina*, y por una razón natural, jamás el nombre del hermano de esta *Morettina* era mencionado sin alguna fórmula de amistad. Para que la querida de Maitland tratase á Florent de esta suerte, preciso era que estuviese segura de que no le era

hostil. Así lo comprendió Lidia, y también que esto era un nuevo signo de los sentimientos de Florent hacia Lincoln, que daba á su cuñado la preferencia sobre su hermana... ¡y en qué ocasión! Las más secretas heridas del ser íntimo de Lidia sangraron á la vez con la lectura de aquellas cartas. El éxito del retrato de Alba, que prometía ser una obra maestra, acabó de precipitarla á una acción abominable y feroz. Resolvió denunciar los nuevos amores de la señora Steno al amante engañado, y escribió las doce cartas, sabiamente calculadas y graduadas, que habían, en efecto, determinado el regreso de Gorka. Aquella Yago habíase decidido á intentar una acción más criminal con Alba. ¿Qué nombre dar á aquella carta anónima enviada á una hija para revelarle la doble intriga de su madre? Pero Lidia encontrábase en uno de esos momentos de exasperación en que las armas más viles parecen las mejores, y envolvía á la inocente Alba en su odio por Maitland, á causa del retrato, cambio de sentimiento que mostraba la envidia del que aquella alma obscura estaba emponzoñada. ¡Ah!... ¡Qué acres delicias le hizo sentir el resultado simultáneo de aquella doble infamia! ¡Qué salvaje alegría, mezclada de amargura y de éxtasis como todas las saciedades de nuestros mortales odios, sintió la antevíspera al notar el enervamiento de la pobre Alba y la cólera contenida de Boleslas! Había visto en el pensamiento á Maitland provocado por aquel rival que ella sabía era una especialidad en todos los ejercicios de *sport*, y también muy diestro en el manejo de la pistola y de la espada. No hubiese sido una nieta de una esclava de la Luisiana, si no mezclase á la energía natural de sus odios una dosis considerable de superstición. Una

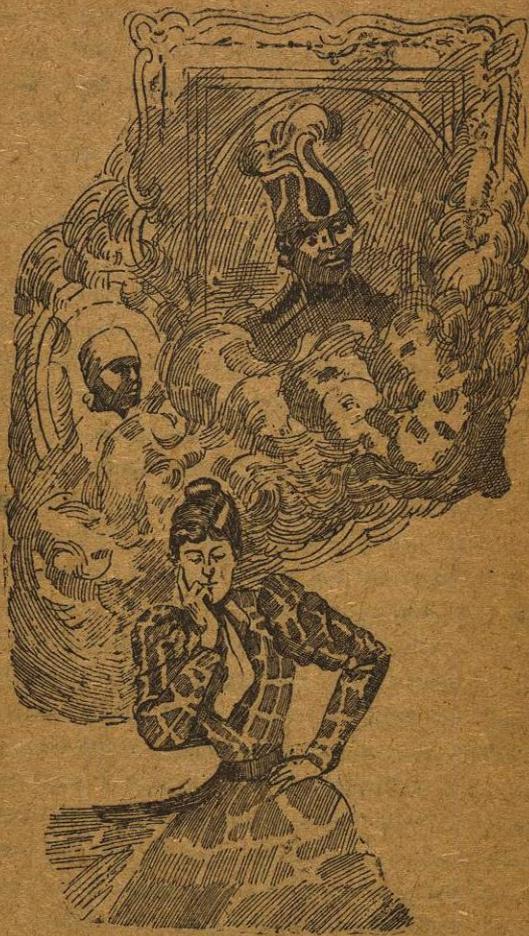
echadora de cartas le había predicho, por las líneas de su mano, que ella causaría la muerte violenta de alguno.

—Será la de él—había pensado mirando á su marido con un horrible estremecimiento de esperanza.—Y he aquí que esta vez tenía la prueba, la indiscutible prueba de que aquella venganza concluía en el peligro de otro, ¡y de qué otro! Las cartas y el testamento de Florent le mostraban la amenaza de un duelo fatal, suspendida sobre la cabeza del ser más querido por ella. Había llevado á un encuentro trágico á la única persona á quien amaba. La decepción de aquel corazón en el que palpitan las feroces energías de un atavismo brutal, fué tan repentina, tan viva, tan dolorosa, que lanzó gritos inarticulados, puesta de codos en la mesa de su hermano, y ante aquellos papeles reveladores, repetía:

—¡Va á batirse! ¡Eh! ¡Y yo soy la causa!—Después, volviendo á meter las cartas y el testamento en el cajón, le cerró, y levantóse, diciendo en voz alta:—No, no será. Yo lo impediré, aunque tenga que interponerme entre ellos. ¡No quiero que suceda! ¡No quiero!

Pronunciar estas frases era sencillo. La ejecución ya era más difícil, cosa que comprendió Lidia, pues no bien las hubo pronunciado, se retorció las manos con desesperación—aquellas manos delgadas que la señora Ste-no comparaba en una de sus cartas con las patas de un mono; tan frágiles y como desarticulados eran sus dedos demasiado largos,—y lanzó desesperadamente ese “¿Pero cómo?” que tantos criminales han lanzado ante el resultado, inesperado y funesto para ellos mismos, de sus más refinados cálculos. El poeta lo ha dicho en

unos versos que compendian la historia de todas nuestras faltas leves ó graves:



“The Gods are just, and of our pleasant vices  
“Make instruments to plague us...”

“Los dioses son justos, y de los vicios que nos agradan hacen instrumentos para atormentarnos.” Preciso es que esta creencia de la equidad de un incomprensible juez esté bien incrustada en nosotros, pues las almas más fuertes sienten una aprensión singular cuando van á desafiar la casualidad de una desgracia absolutamente merecida. El recuerdo de la predicción de la nigromante se presentó de repente á Lidia. Arrojó otro grito, frotándose las manos con un gesto de sonámbula. ¡Veía la sangre de su hermano! ¡No, aquel duelo no se efectuaría! Pero ¿cómo impedirlo? ¿Cómo?—repetía.— Florent no estaba allí. No podía, pues, suplicarle. Cuando regresara, ¿sería aún tiempo? Tampoco Lincoln estaba. ¿Dónde se encontraba? Tal vez en una cita con la Steno. La imagen de esta admirable criatura entre los brazos del pintor, ahogada, abismada en la borrachera de amor que describían sus ardientes cartas, ofrecióse á la imaginación de la mujer envidiosa. ¡Qué ironía, percibir así á aquellos dos amantes á los que ella hubiera querido anonadar, con el éxtasis de la felicidad en sus ojos! Lidia hubiera querido arrancarles estos ojos y pisotearlos con sus talones. Una nueva oleada de odio se desbordó de su corazón. ¡Dios! ¡Cuánto les odiaba, y qué impotente era siempre aquel odio! Pero ya encontraría ocasión de venganza. Ahora se trataba de otra cosa: de impedir el duelo señalado para el día siguiente, de salvar á su hermano. ¿A quién dirigirse? ¿A Dorsenne? ¿A Montfanón? ¿Al Barón Hafner? ¿A Pepino Ardea? Pensó en los cuatro personajes cuyas visitas casi simultáneas le hacían creer que eran los testigos de los campeones. Le rechazó uno por uno, comprendiendo que ninguno poseía bastante autoridad pa-

ra arreglar el asunto. Su pensamiento se fijó, en fin, en el mismo adversario de Florent, en aquel Boleslas Gorka, cuya mujer era amiga suya y que siempre había encontrado tan cortés. No era á Florent á quien el amante despedido quería mal. ¿No se dejaría enternecer por sus lágrimas? ¿No le diría el motivo de la cuestión y qué paso debía pedir á su hermano que diese para que la disputa se apaciguase? ¿En rigor, no obtendría de Gorka la promesa de descargar al aire su arma, si el duelo era á pistola, ó si era á espada, de desarmar únicamente á su enemigo? Parecida en esto á todos los ignorantes, creía infalibles á todos los que dominan las armas, y tenía las ideas profunda y absolutamente inexactas, propias de su sexo, respecto á las relaciones de un hombre con otro en materia de insultos. Pero ¿cómo han de admitir las mujeres este inflexible rigor en ciertos hechos, que forme el fondo de las relaciones viriles, cuando no le encuentran ni en sus discusiones con los hombres ni las que entre ellas tienen?

Acostumbradas siempre á llamar convención al instinto y razón al sentimiento, están en un estado de falta de comprensión peor que la ignorancia en asuntos de honor. Un duelo, por ejemplo, les parece como un drama arbitrario, que la voluntad de uno de los combatientes cambia á su gusto. No hay, probablemente, palabra más excepcional entre los gritos aplaudidos en el teatro, que el famoso «¡Ve á batirtel!» de la heroína de Angier. Ante semejante perspectiva, de cien mujeres, una pronunciaría tal vez esta frase, aun con la esperanza de no ser escuchada. Las noventa y nueve restantes tendrían la misma idea que Lidia. Correr á casa del adversario del hombre á quien aman, y pedir,

implorar su vida. Añadamos que la mayor parte no lo ejecutarían, limitándose á esconder llorando alguna medalla bendita en el chaleco de su protegido, recomendándole á la Providencia. Lidia tuvo el sentimiento de que si alguna vez Florent sabía el paso que ella iba á dar cerca de Gorka, se llenaría de indignación. Pero Lidia sentía una de esas fiebres de espanto y de remordimientos, demasiado aguda para no obrar, costara lo que costara. Le anunciaron que su carruaje estaba dispuesto, y subió á él dando la dirección del palacio Doria. ¿En qué términos abordaría al hombre á quien iba á hacer aquella audaz y loca visita? ¡Ah! ¿Qué le importaba! Las circunstancias la inspirarían. Su voluntad de evitar el lance era tan fuerte, que no dudaba del buen éxito. Sintió, pues, un golpe en el corazón, cuando el portero del palacio le respondió que el Conde había salido, mientras que en el mismo momento una voz alegre la llamaba. Era la condesa Maud Gorka, que volvía de paseo con su niño y que reconoció el cupé de Lidia, y la dijo:

—¡Qué buena idea he tenido de volver un poco antes! Veo que ha tenido usted miedo de la tempestad, como nosotros, puesto que ha salido usted en coche cerrado. ¿Va usted á subir un momento? Y viendo que la joven, á quien había cogido la mano, estaba temblorosa, añadió:

—¿Pero qué tiene usted? Parece que está usted mala. ¿No se siente usted bien? ¡Dios mío! ¿Que tendrá? Luc—añadió dirigiéndose á su hijo,—sube corriendo y haz que bajen el frasco de sales inglesas. Rosa sabe cuál es. Anda, anda pronto.

—No es nada—respondió Lidia, que había, en efecto,

cerrado los ojos como si fuera á desvanecerse.—Vea usted, ya estoy mejor. Voy á regresar á mi casa. Será lo más prudente.

—Yo no la dejo á usted—dijo Maud, que tomó asiento efectivamente en el carruaje. Hizo aspirar á la señora de Maitland el frasco de sales que la habían traído, hablándole así como á una niña enferma:

—¡Pobrecilla!... ¡Tiene las mejillas encendidas!... ¡Iba usted á hacer visitas en este estado!... ¡Es poco razonable!... Calle de Leopardi—gritó al cochero,—¡y de prisa!

El carruaje partió, y la señora Gorka continuaba estrechando las manos de Lidia, á la que daba ese tierno nombre, bien irónico en las circunstancias, de “¡Pobrecilla!” Era Maud una de esas mujeres, que abundan en Inglaterra para honor de la sana y fuerte civilización británica, que son á la vez todas energía y bondad. Era tan alta y robusta como Lidia delgada y baja, y la hubiera más bien llevado hasta su lecho en sus brazos vigorosos de jugadora de *tennis*, que abandonarla en el estado en que la había sorprendido. Tanta práctica y, como dicen sus compatriotas, tan *mother of fact*, como caritativa, comenzaba á preguntar á la enferma acerca de los síntomas que habían precedido á aquella crisis, cuando vió de repente, con estupor, contraerse aquel rostro ya alterado, salir lágrimas de sus ojos y excitarse aquel cuerpo entre sollozos. Lidia tenía un verdadero ataque de nervios causado por la ansiedad, la nueva decepción que la causaba la ausencia de Gorka, y sin duda también por la dulzura con que la hablaba Maud, y desgarrando su pañuelo con sus blancos dientes, gemía:

—¡No...no estoy enferma!... Es que no puedo sopor-

tar esta idea. ¡No! ¡No puedo! ¡Ah!... ¡Me va á volver local!—Y volviéndose á su compañera, á su vez la estrechó las manos, diciéndola:—Pero, ¿no sabe usted nada? ¿No sospecha usted, pues, nada? Esto me acaba de enloquecer. ¡Verla á usted tan tranquila, tan en calma, tan dichosa, como si los minutos no se contarán hoy por triple ó cuádruple, lo mismo para usted que para mí! Pues, en fin, si el uno es mi hermano, el otro es el marido de usted. Y usted le quiere. Es preciso que usted le quiera para perdonarle lo que le ha perdonado.

Había hablado con la especie de borrachera de su extrema sobreexcitación nerviosa, y aunque por costumbre era disimulada, había manifestado el fondo de su pensamiento. No creyó decir nada nuevo á la señora de Gorka con aquella alusión tan directa á las relaciones de Boleslas con la señora Steuo. Estaba persuadida, como todo Roma, que Maud sabía á qué atenerse respecto á las infidelidades de su marido, y que las toleraba por uno de esos heroicos sacrificios que la maternidad justifica. ¡Cuántas mujeres han inmolado así su orgullo de esposas, para sostener un hogar del que el padre no deserta, oficialmente al menos! Todo Roma se engañaba, y Lidia Maitland iba á tener una prueba inesperada de ello. Nunca la sospecha de que una intriga semejante pudiera unir á su marido á la madre de su mejor amiga, había atravesado el pensamiento de la mujer de Boleslas. Pero para comprenderlo así, preciso hubiera sido admitir y comprender también la inocencia que conservaba, á pesar de sus veintitrés años, aquella hermosa y sana inglesa, de ojos claros y cándidos. Era de esas honradas personas que imponen res-

peto á los más atrevidos de los hombres, y ante quienes las mujeres más desvergonzadas en su conversación procuran comportarse decentemente. Jamás había recibido una de esas confidencias verdaderas que por analogía esclarecen el fondo de tantas existencias correctas, aun que no muy limpias. Pudo atravesar la libre atmósfera de la señora Stego sin perder la flor de su ilusión, anomalía que tenía mucho de la naturaleza especial de su inteligencia. No gustaba más que de las conversaciones positivas, y siendo muy instruída, estaba en absoluto desprovista de la curiosidad de los caracteres. Dorsenne decía de ella, con más justicia de lo que pensaba: «La señora Gorka está casada con un hombre que nunca le ha sido presentado;» significando con esto que no tenía, en primer lugar, idea alguna del carácter de su esposo, y además de las traiciones de que era víctima. El novelista, sin embargo, no acertaba de un modo completo. La falta de sinceridad de Boleslas era demasiado constante para que una criatura apasionada, leal como su mujer era, no sufriese por esta causa. Pero hay un abismo entre sufrimientos de esta clase y la intuición de un hecho determinado como el que Lidia acababa de indicar, y esta sospecha estaba tan lejos del espíritu de Maud, que las frases de su compañera no despertaron en ella más que el terrible asombro ante un misterioso peligro, del que el estado de Lidia era una prueba aún más elocuente que sus palabras.

—¿Su hermano de usted?..... ¿Mi marido?..... No la comprendo á usted.

—Naturalmente—respondió Lidia.—El le ha ocultado á usted, como Florent me lo ha ocultado á mí. Pues bien; se batán mañana por la mañana. No tiem-

ble usted—continuó, estrechando á Maud en sus brazos.—Seremos dos á impedirlo, y lo impediremos.

—¿Se baten?..... ¿Mañana por la mañana?—repetía Maud estupefacta.—¿Boleslas se bate mañana con su hermano de usted?..... ¡No!..... ¡Es imposible! ¿Quién se lo ha dicho á usted? ¿Cómo lo sabe usted?

—He visto la prueba por mis propio ojos—respondió Lidia.—He leído el testamento de Florent. He leído las cartas que él ha escrito para Maitland y para mí, por si le sucedía una desgracia. ¿Pero estaría yo en el estado en que usted me ve si no fuera verdad?

—¡Oh! ¡La creo á usted!—exclamó Maud, apretando sus manos contra sus párpados. como para sofocar una visión siniestra.—Pero, ¿dónde se han visto? Hace apenas dos días que Boleslas ha llegado..... ¿Qué ha pasado entre ellos? ¿Qué se han dicho? No se arriesga la vida por nada cuando se tiene, como Boleslas, una mujer y un hijo. Rerpóndame usted. Dígamelo usted todo. Quiero saberlo. ¿Qué hay en el fondo de ese duelo?

—¿Y qué quiere usted que haya sino esa mujer?—interrumpió Lidia, que ponunció estas últimas palabras con más salvaje desprecio que si hubiera escupido públicamente al rostro de la Condesa Steno. Pero este nuevo acceso de su cólera cayó ante la sorpresa que le causó la respuesta de la señora Gorka.

—¿Qué mujer? Le comprendo á usted menos que antes.

—Cuando entremos en mi casa hablaré,—dijo Lidia después de haber mirado á la otra con un estupor que era el más terrible comentario para la que se veía mirada de aquel modo.

Esta respuesta estaba justificada por el hecho de que en el momento el coche daba la vuelta al ángulo de la calle Leopardi. Calláronse las dos mujeres. Ahora era Maud la que tenía necesidad de que una caritativa amiga se inquietase por ella; de tal modo habían agitado su espíritu las últimas palabras de Lidia. Aquella compañera cuyo brazo rozaba el suyo en el coche y que tanta lástima le había causado un cuarto de hora antes, la causaba miedo al presente. En aquella criatura, cuyas pequeñas narices palpitaban de pasión, cuya boca se plegaba con amarga expresión, y cuyos ojos brillaban de furor, no reconocía á la pequeña señora de Maitland, tan taciturna, tan reservada, que pasaba por insignificante. ¿Qué le iba á decir aquella voz tan musical habitualmente, tan nerviosa y dura desde que le había revelado el gran peligro suspendido sobre Boleslas? ¿A qué mujer había hecho alusión, y qué significaba aquella reticencia repentina? Lidia se daba demasiada cuenta de la turbación extraordinaria que acababa de nacer en Maud, sin la menor premeditación, ciertamente, y con una absoluta inconsciencia. Durante un momento tuvo la idea de que decir más á una mujer tan evidentemente engañada era un nuevo crimen. Pero al mismo tiempo advirtió que una revelación completa podía traerle dos resultados ciertos: desilusionando á la señora de Gorka, hacía de ésta una mortal enemiga de la Condesa Steno, y, por otra parte, jamás esta mujer, profundamente apasionada de su marido, le dejaría ir á batirse por una antigua querida. Así es que, cuando entraron en el saloncillo del hotel Morisco, Lidia había tomado su resolución. Estaba decidida á no ocultar na-

T. II.—2.

da de lo que sabía á la desdichada Maud, que la preguntó con el corazón palpitante y con un acento ahogado por la emoción:

—Y ahora, ¿me explicará usted lo que ha querido decir?

—Pregúnteme usted—dijo Lidia.—Le responderé á usted. He ido muy lejos para retroceder.

—¿Pretende usted que una mujer es la causa del duelo entre su hermano y mi marido?

—Estoy segura.

—¿Y quién es esa mujer?

—La señora Steno.

—¿La señora Steno?—repitió Maud.—¿Catalina Steno es la causa de ese duelo? ¿Y cómo?

—Porque es la querida de mi marido—respondió Lidia brutalmente,—como ha sido la querida del de usted, porque Gorka ha vuelto aquí loco por los celos á provocar á Lincoln, y se ha encontrado con mi hermano, que le ha impedido entrar. Iban disputando no sé en qué términos. Pero sé que éste es el motivo del duelo. ¿Tengo ó no el derecho de decirle á usted que se batan por esa mujer?

—¡La querida de mi marido!—exclamó Maud.—¿Dice usted que la señora Steno ha sido la querida de mi marido? ¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Miente usted! ¡Miente usted! No lo creo.

—¿No me cree usted?—dijo Lidia encogiéndose de hombros.—¡Como si yo tuviese el menor interés en engañarla á usted! ¡Como si se mintiese cuando se trata de la vida del único ser á quien se quiere en el mundo! ¡Pues hoy tengo á mi hermano y mañana tal vez no le tendré! Pero usted me creerá. Quiero que

seamos dos para evitar ese duelo, del que, se lo repito á usted, ella es la causa, la única causa. ¿No me lo cree usted? ¿Sabe usted quién ha hecho volver á su marido, pues usted no le esperaba, confíeselo usted? He sido yo, yo, que le he escrito lo que hacían Lincoln y la Steno, día por día; su amor, sus citas su dicha.... ¡Ah! Estaba segura de no golpear en vacío, y él ha vuelto. Ha atravesado toda la Europa para vengarse. ¿Es esto una prueba?

—Usted no ha hecho eso—exclamó la señora Gorka retrocediendo con horror.—Es mucha infamia.

—Sí... Lo he hecho—repitió Lidia con un feroz orgullo.—¿Y por qué no? Era mi derecho, puesto que me robaba mi marido... No tiene usted más que buscar en el sitio donde Gorka guarda sus cartas, y las encontrará usted allí, seguramente, junto á las de esa mujer, pues la pobre tiene la manía de escribir. ¿Me cree usted ó repetirá usted aún que he mentido?

—Jamás—respondió Maud con indignación dolorosa que se reflejaba en su rostro leal.—No; jamás descenderé á esa bajeza.

—Pues bien. Yo descenderé por usted—dijo Lidia. Lo que usted no osa hacer lo haré yo, y usted será la que pida ayuda para vengarse. Venga usted.—Y cogiendo por la mano á la otra, estupefacta, la arrastró al estudio de Lincoln, donde en aquel momento no había nadie. Llegó á uno de esos muebles españoles de forma árabe que se llaman bargueños, y abrió la portezuela, pintada de púrpura y oro. Hizo jugar unas tablitas que descubrieron un cajón secreto, en el que se encontraba un paquete de cartas, que cogió. Maud Gorka la miraba entregarse á esta tarea